

TRES LECCIONES DE LA CRUZ

Empecemos por el principio, en esta hermandad y cofradía tan de niños, la única de Sevilla que desgajó de la cofradía allá por 1970 - imedio siglo ya! un cuerpo de nazarenos propio para que su estación fuera más de gloria de palmas y hosannas que de penitencia. Empecemos por el principio recordando lo que se decía de la Cruz en el catecismo en el que tantos nos formamos, el de Ripalda, editado en 1591 y publicado en su edición definitiva de Toledo en 1618, el mismo año en que nuestro hermano Juan Francisco de Alvarado, mayordomo de la corporación, encargó, un 13 de mayo, el Santísimo Cristo del Amor a Juan de Mesa. El Catecismo de Ripalda empezaba invocando la Santa Cruz. Eran sus primeras palabras: “Todo fiel cristiano está muy obligado a tener devoción de todo corazón a la santa Cruz de Cristo nuestra luz, pues en ella quiso morir por nos redimir de nuestro pecado, y librarnos del enemigo malo”. Este enemigo era el Demonio y con él, el mundo y la carne. En la sabia composición de preguntas y respuestas se escribía:

“P: La Cruz, ¿tiene virtud contra ellos?

R: Sí, Padre.

P.: ¿De dónde tiene la Cruz esta virtud?

R: De haberlos vencido Cristo en ella con su muerte”.

Ante nosotros están estas palabras esculpidas en el Santísimo Cristo del Amor, Dios encarnado venciendo al Demonio, al mundo y a la carne, y con ellos a la muerte, muriendo por amor en la Cruz. No quiero ser descortés con quienes han tenido la amabilidad de invitarme aquí y ahora la santa paciencia de escucharme. Pero, ¿qué palabras de exaltador necesitáis teniendo desde hace cuatro siglos la palabra esculpida de Juan de Mesa como diaria exaltación de la cruz santificada por la muerte de Cristo en ella, por amor? ¿Qué palabras pueden, no ya superar, no ya igualar, sino tan solo hacer justicia a esta imagen del Amor de Dios ofrendado en el cuerpo de Cristo? ¿Qué palabra puede dar idea, ni aun de lejos, del poderoso darse de este cuerpo al que la cruz casi no logra sujetar, tanta hambre de estrecharnos tiene sus brazos, tanta ansia tiene su pecho de cabezas que se reclinan en él como hizo Juan en el Cenáculo, tantas ganas de bendecir, de acariciar, de sanar y de sostener tienen sus manos? ¿Qué palabra humana puede dar razón de esta cruz arco y de este cuerpo flecha disparado desde ella para que al contemplarlo todos, desde los más sencillos a los más cultos, puedan sentir como cosa propia lo que vivió Santa Teresa: “Veía en las manos [del ángel] un largo dardo de oro que me parecía meter por el corazón y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios”? Dardo de oro que llega a las entrañas es el Cristo del Amor, fuego que abrasa en amor grande Dios es el que

prende en los corazones la noche del Domingo de Ramos sobre su paso: fuego de su cuerpo poderoso que, como la llama de amor viva de San Juan de la Cruz, “tan tiernamente hiere mi alma en el más profundo centro”, alumbrando por el fuego de sus seis candelabros alzados sobre el fuego del oro de su paso. Hijos del de siete brazos que ardía ante el Santo de los Santos en el Templo de Jerusalén son los seis candelabros del Cristo del Amor porque “el altar de la Nueva Alianza es la Cruz del Señor”. Zarza ardiente desde la que Dios hecho hombre habla es la llama de amor viva del Cristo del Amor refulgiendo en la noche del Domingo de Ramos, cuando al verlo quisiéramos tener el don de San Juan de Ávila para decirle: “¡Oh qué maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor! Porque ya no con diluvio, ya no con fuego del cielo, sino con halagos de amor, ha conquistado los corazones. No matando, sino muriendo. No derramando sangre ajena, sino la suya propia por todos desde la cruz. ¡Oh maravillosa y nueva virtud! La fuerza de tu amor ha quebrantado la dureza de nuestros corazones, Tú has inflamado todo el mundo de tu amor. ¡Oh amantísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo! Abrasa nuestros corazones con ese fuego, hiérellos con esa saeta de tu amor”. La grandeza de las imágenes sevillanas es hacer visibles los más complejos contenidos de la doctrina y de la teología y así hacerlos asequibles a todos sin simplificarlos a través del sentimiento, con una proximidad familiar que no excluye el respeto y un respeto que no significa lejanía. Que Dios se hiciera cuerpo, esa asombrosa invasión de la carne por el Espíritu, es la clave de nuestra religión. Exaltamos hoy la cruz, no el cuerpo de Cristo, lo sé. Pero, ¿qué es la cruz sin su cuerpo? Un símbolo de dominio, humillación, dolor y muerte. Un horrendo instrumento de ejecución. Hay que pensar así en la cruz para no acostumbrarnos al milagro de amor que supuso que Cristo, muriendo en ella, convirtiera el símbolo de dominio en signo de liberación, el símbolo de humillación en signo de la dignidad inherente a todo ser humano en toda circunstancia -desde el principio al final de su vida-, el símbolo de dolor en signo de redención y el símbolo de muerte en promesa de vida eterna. Privada del cuerpo de Cristo la cruz es el sinsentido que, para tantos, por desgracia, es la vida. “Dios o nada” llama el cardenal Sarah a uno de sus libros. “Dios o el suicidio” anotó en su diario el dramaturgo Eugene Ionesco. “Sin el pensamiento de Dios no se da ni sentido absoluto ni verdad absoluta, y la moral se convierte en una cuestión de gusto y capricho... El sentimiento íntimo de que Dios existe tiene una importancia decisiva para la realización de una sociedad más justa, liberada de crueldades sin sentido y de odios” escribió el agnóstico Max Horkheimer. Y el ateo André Malraux escribió estas palabras que les ruego oigan con la mayor atención pues son en sí mismas una

incomparable exaltación de la cruz: “Pocas veces han hablado al dolor humano la lengua que podía realmente entender [como el cristianismo lo hizo]... La fascinación primera del cristianismo no estuvo en el cielo sino en su significar el sufrimiento. El sufrimiento antiguo fue sin duda una atroz soledad, con sus miserables sin esperanzas que agotaban ante la indiferencia ilimitada de los hombres un dolor sin finalidad y sin significación. Job en el estercolero, pero sin el Señor. El occidente que pasa ante la miseria cerrando los ojos no concibe que, para el mendigo, para el humillado, para el esclavo, hubo algo aún más necesario que el otro mundo: escapar al absurdo y la soledad del dolor sin esperanza. La primera predicación cristiana en Roma fue invencible porque decía a una esclava, hija de esclavos, que veía morir en vano a su hijo esclavo, nacido en vano: Jesús, hijo de dios, murió torturado en el Gólgota para que tú no estés sola ante esta agonía”. Y si he citado a un luterano, un agnóstico y un ateo, no creo que estorbe aquí la cita, coincidente con ellos, de un Papa, el sabio y bondadoso Benedicto XVI: “Sin la cruz la inhumanidad del hombre hacia el hombre se manifestaría de modo todavía más horrible, y el círculo vicioso de la violencia no tendría fin. Sólo la cruz puede poner fin a todo ello. Un mundo sin cruz sería un mundo sin esperanza, un mundo en el que la tortura y la brutalidad no tendrían límite, donde el débil sería subyugado y la maldad tendría la última palabra. Este es el acontecimiento de la cruz: desde aquel momento, contra el océano del mal, existe un río infinito y, como tal siempre mayor que todas las injusticias del mundo; un río de bondad, de verdad, un río de amor”.

Esta es la diferencia entre la cruz sin Cristo y la cruz con Cristo. La vida sin Dios carece de sentido y la cruz sin Cristo es sufrimiento estéril, triunfo definitivo del verdugo sobre su víctima, negación de un horizonte de eternidad para el amor que nos tenemos los unos a los otros, orfandad de ternura. Mirad la cruz que nos preside: sin el cuerpo del Amor es muerte y con su cuerpo, vida; sin el cuerpo del Amor es sinsentido y con su cuerpo, sentido; sin el cuerpo del Amor es desesperación y con su cuerpo, esperanza. Una Esperanza tan visible, tan tangible, tan absolutamente manifestada, tan arrolladora, como la que entró por estas puertas un amanecer de Viernes Santo de 2013 -¡ay Luis León, tu retiro no te permitió vivir lo que tantas veces habías soñado: el encuentro entre tu Cristo del Amor y tu Virgen de la Esperanza a los que tantos años tan ejemplarmente serviste!- juntando en un mismo templo las rotundas representaciones sevillanas de las virtudes teologales: fe del teológico Señor de Pasión hundido en el centro de sí mismo, caridad del Cristo del Amor y entre ellos la esperanza única de los mortales, el milagro esculpido, el don de la más profunda y seria alegría que le ha sido dado a Sevilla: la

Macarena. Yo estaba aquí, lo viví, subí la rampa ante el paso de la Esperanza bajo esa túnica que es a la vez recio abrigo de merino y caricia de terciopelo; porque mi vida nazarena son 45 años penitenciales de ruan y tres de gloria macarena; no vi, viví, porque la Macarena no se ve, se vive, entrar aquí a la Esperanza. Parecía que revivían los claveles ya marchitos del paso del Cristo del Amor, que volvía a estar intacta la cera gastada en los guardabrisas, cuando la Esperanza y el Amor se encontraron aquel amanecer de Viernes Santo.

La cruz sin el Cristo del Amor es vida sin Esperanza Macarena, sentencia de muerte sin ese horizonte de resurrección que desborda, junto a las lágrimas, de los ojos inmensos, eternos, valientes de la Esperanza. Esta es la primera lección de la cruz.

Contemplemos al Cristo del Amor para entender la segunda lección. Imaginemos que, a su izquierda, en el lugar que ocupó la exigencia blasfema de Gestas, está escrita la paradoja de Epicuro: “¿Dios quiere prevenir el mal, pero no es capaz? Entonces no es omnipotente. ¿Es capaz, pero no desea hacerlo? Entonces es malvado. ¿Es capaz y desea hacerlo? ¿De dónde surge entonces el mal? ¿No es capaz ni desea hacerlo? ¿Entonces por qué llamarlo Dios?”. Imaginemos igualmente que, al otro lado del Cristo del Amor, en el lugar que ocupó la fe confiada de Dimas, están escritas las palabras que San Pablo dirigió a los corintios: “Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; más para los llamados, fuerza de Dios y sabiduría de Dios”.

Siempre está y estará la cruz allí donde estuvo hacia el año 33 en el monte Calvario. Siempre estará a un lado de ella la exigencia blasfema de Gestas y al otro la confianza de Dimas. Nada de lo sucedido en Jerusalén hace 2000 años es solo historia y pasado: es presente, oferta y exigencia. Cada uno de nosotros debe elegir frente al Cristo del Amor quien quiere ser, si Gestas insultándolo al pedirle que si es Dios le salve la vida o Dimas confiando contra toda evidencia en él. Siempre estará un lado del Cristo del Amor la paradoja de Epicuro, la duda y hasta el descreimiento ante el espectáculo incomprensible del mal y el sufrimiento de los inocentes, y siempre estará al otro lado la fe de San Pablo predicando la necedad y el escándalo de la cruz, asegurándonos -frente al descreimiento de Epicuro y la blasfemia de Gestas, que ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la espada, ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, podrán separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo. Preso hay que esperar siempre, incluso contra toda humana esperanza.

Esperar contra toda esperanza: esta es la tercera lección de la Santa Cruz. Esta expresión aparentemente contradictoria es de San Pablo. Pertenece a la carta a los Romanos. Dice el Papa Francisco comentándola: “Para indicarnos la vía de la fe y de la esperanza San Pablo escribió de Abrahán: ‘Esperando contra toda esperanza, creyó y llegó a ser padre de muchas naciones’. Esperando contra toda esperanza: es duro esto, ¿verdad? Es fuerte: no hay esperanza, pero yo espero. San Pablo se refiriere a la fe con la que Abrahán creyó en la palabra de Dios que le prometía un hijo. Era de verdad esperar contra toda esperanza porque él era anciano y su mujer, estéril. Pero lo había dicho Dios, y él creyó. No había esperanza humana, y él creyó. Su fe se abre a una esperanza aparentemente irracional; esta es la capacidad de ir más allá de los razonamientos humanos, de la sabiduría y de la prudencia del mundo, de lo que es normalmente considerado sentido común, para creer en lo imposible. La esperanza abre nuevos horizontes, hace capaz de soñar lo que no es ni siquiera imaginable. La esperanza hace entrar en la oscuridad de un futuro incierto para caminar en la luz”. Pero es un camino difícil. Llega el momento de la crisis de desaliento. Ha confiado, ha dejado su casa, su tierra y sus amigos. Todo. Ha llegado al país que Dios le había indicado, el tiempo ha pasado, pero el hijo no llega. Y Abrahán, no digo que pierde la paciencia, pero sí se queja ante el Señor. Y esto también nos lo enseña nuestro padre Abrahán: quejarnos ante el Señor es un modo de orar. La fe es también luchar con Dios, mostrarle nuestra amargura. Y la esperanza es también no tener miedo de ver la realidad como es. Abrahán se dirige a Dios para que lo ayude a continuar esperando. Es curioso, no pide un hijo. Pide: ‘Ayúdame a continuar esperando’. Es esta la fe, este el camino de la esperanza que cada uno de nosotros debe recorrer”, termina el Papa.

Protestarle a Dios, preguntarle. No exigirle, como hizo Gestas, sino preguntar con fe, como hizo Jesús, por qué nos ha abandonado. Esto, no se olvide, es a la vez una queja y una oración, porque es el inicio del salmo 22 que nuestros padres de Israel rezan en trance de muerte. Es hermoso recordarlo ante este Cristo del Amor, de rasgos tan judíos como todas las imágenes de Mesa, ante el que hace muchos años - alguno de los presentes tal vez lo recuerde- estuvo expuesta la Torá. Se quejaba y rezaba a la vez el Señor recitando este salmo. Para que sepamos que Dios sufrió nuestro abandono cuando moría agotando lo más duro de nuestra propia muerte. Para que cuando nos sintamos abandonados podamos quejarnos con sus mismas palabras. Y, ayudados por su gracia, tengamos la fuerza de encomendar en sus manos nuestro espíritu muriendo amando su amor, entregados a su

amor, confiados en su amor, sabiendo que en el ocaso de nuestras vidas seremos juzgados en el amor.

Es pues la primera lección de la Santa Cruz que vida sin Dios y cruz sin su Amor es vida sin esperanza.

Es la segunda que cada uno de nosotros debe elegir frente a la cruz del Cristo del Amor si quiere ser Gestas o Dimas.

Y es la tercera esperar contra toda esperanza sabiendo que todo lo podemos en Cristo.

No se trata de adorar la cruz como símbolo de dolor y muerte, porque no somos masoquistas, sino de esperanza y vida. No como prueba puesta por Dios, que hay que decir muy alto que el Señor no quiere el sufrimiento de sus criaturas, sino por el diablo. ¿O no le dijo Satán a Dios, refiriéndose a Job, “extiende tu mano y toca todos sus bienes; iverás si no te maldice a la cara!”. La hora de la cruz, sobre todo la hora última, es la hora de Dios, pero también la del diablo. En esa fundamental catequesis familiar tal vez hoy perdida nos contaban nuestras abuelas y nuestras madres por qué los agonizantes se encomendaban a San José: es el único ser humano que, confortado por la Virgen, su esposa, y por Jesús, su hijo, murió en sus brazos, como se nos muestra en una hornacina de la vecina capillita de San José. Desde que Cristo murió en la cruz ninguna está vacía de Dios, nadie sufre solo, nuestras heridas y llagas son las de Cristo y las suyas son las nuestras, como su resurrección es también la nuestra: Dios sigue sufriendo en cada sufriente, sigue muriendo en cada agonizante y sigue resucitando en cada alma que tras la muerte abraza. Por eso en su cuerpo glorioso quedaron abiertas para la eternidad las llagas de sus manos, sus pies y su costado. “No se comprende porqué Jesús, -dice el Papa Francisco en una conmovedora homilía-después de la resurrección, en su glorioso cuerpo conservó las cinco llagas. ¿Por qué ha querido llevarlas al cielo? Para rezar por nosotros. Mostrándole al Padre sus llagas y diciéndole: ‘Éste es el precio, ahora no los dejes solos, ayúdalos, protégelos, son tus hijos que he salvado pagando este precio’. Las llagas de Jesús son su oración por nosotros ante el Padre”.

¡Es tan complejamente simple, tan difícilmente sencilla, tan irracionalmente lógica, tan dolorosamente confortadora y tan trágicamente alegre la historia de la salvación culminada en los poco más de 30 años de vida de Jesús! Poco puede hacer la lógica humana para comprenderla según los criterios del mundo. Pero el corazón tiene razones que la razón desconoce. Y lo que la lógica rechaza, el corazón lo abraza; lo que nos desborda, el amor lo abarca. Es fácil comprenderlo ante el Cristo del Amor. Nuestras grandes imágenes

sagradas son un don de Dios que tal vez no haga más fácil creer, pero desde luego sí hace más difícil no creer. Aquí los grandes misterios de la vida y de la religión tienen rostros tan familiares que no recordamos la primera vez que los vimos, como los de nuestros padres. Abrimos los ojos cuando aún no vemos y ya están ahí, en la fotografía puesta junto a la cuna, en la medallita que prenden de ella, en las imágenes de las que nos hacen hermanos nada más bautizarnos. ¡Qué fácil es en Sevilla comprender, sintiéndolos, los misterios de la religión gracias a las sagradas imágenes! Bien lo sabéis vosotros, que dais a Sevilla el donarse de Cristo, la entrega de Cristo, el ofrecerse de Cristo, el Amor de Cristo hecho visible en esta portentosa e inagotable imagen, tan rica de fuerza teológica y humana que no basta una vida para saciarse de ella, para asumir todas sus lecciones. Cruz del Amor por amor crucificado, cruz glorificada por su cuerpo, carey de su carne, plata de su sangre. Como ha escrito Benedicto XVI: “Los cristianos no exaltan una cruz cualquiera, sino la cruz que Jesús santificó con su sacrificio, fruto y testimonio de su inmenso amor... De signo de maldición la cruz se ha transformado en signo de bendición, de símbolo de muerte en símbolo por excelencia del Amor que vence el odio y la violencia y engendra la vida inmortal... Construir sobre Cristo y con Cristo significa construir sobre un fundamento que se llama amor crucificado”.

¡Amor crucificado! Lo escrito por Benedicto XVI está aquí esculpido. La esencia de los Evangelios está aquí esculpida. Las razones de los teólogos están aquí esculpidas. Las visiones de los místicos están aquí esculpidas. Las palabras de los predicadores están aquí esculpidas. Ved al Cristo del Amor y dad gracias a quien hace 400 años lo esculpió y a quienes se lo encargaron. Dad gracias a quienes desde hace 400 años lo cuidan y le dan culto. Dad gracias a los padres y madres, abuelos y abuelas, que os lo dieron. Dad gracias, si no sois hermanos por razón de familia, al instante bendito en que os encontrasteis con él y os hizo suyos. Dad gracias por vivir en Sevilla, la ciudad en la que -permitidme citar, junto al Amor, tres cumbres sevillanas- el misericordioso, tierno, aparentemente derrotado y siempre invencible Gran Poder de Dios tiene cuerpo y rostro; la ciudad en la que cuantos hemos querido nos miran a través de esas ventanas abiertas de par en par a la eternidad que son los ojos de la Macarena, haciendo cierto lo que San Agustín escribió: “los difuntos miran con sus ojos, llenos de gloria, los nuestros, llenos de lágrimas”; la ciudad en la que muerte y resurrección, agonía y ascensión se funden en el vuelo del Cachorro. Hijos de Tomás somos, tal vez, como nos reprocha a veces algún fariseo. Pero santo fue Tomás al fin tras predicar el Evangelio en Oriente y morir mártir. Dad gracias por tener ante vuestros ojos cada vez que venís aquí, y en vuestro corazón

siempre, el Amor de Dios encarnado en el cuerpo de este Cristo crucificado. Buen maestro es, el mejor de todos, si lo juzgo por lo de él aprendieron algunos de sus hermanos que conozco. Su tan recordado custodio, Rafael Candau, que vosotros habéis perdido y Dios ha ganado hace tan poco tiempo; y el también recordado Antonio León, que de cruces exaltadas -carey y plata- sabía todo lo que hay que saber porque además de capataz de la Borriquita fue timonel del galeón de mi Dulcísimo Nazareno. Buenos alumnos enseñados por las lecciones de su Cristo del Amor son mis queridos amigos Ángel Cano y Luis Torres - ¡qué fidelidad probada: adolescentes los veía aquí trasteando, ¡hace ya tantos años! - o nuestro gran Luis León, sí, el fiero Luis León cuyo lema es “al Amor por la Esperanza”, áspero rugido en la boca y corazón de cordero; y con ellos a nuestro hermano mayor Juan Cruzado Candau y su Junta de Gobierno que ha tenido a bien confiarme esta exaltación. Puede tanto este maestro que mi padre le encomendó a mi hermano Pablo y hoy es sacerdote. Puede tanto que, por obra de la fe y la esperanza que su Amor despierta en quienes le aman y le sirven, vi una mañana de Cuaresma una de las escenas cofrades más hermosas, edificantes y conmovedoras que haya visto: iba un hermano mayor de esta Hermandad -hombre buenísimo, y crean que tengo razones para decirlo- paseando despacio, ayudado por su hija, por la calle Sierpes. Se reponía de una gravísima operación. ¿Sabéis que hacía? Ensayaba el recorrido entero de la cofradía una y otra vez para saber si tendría fuerzas para acompañar a su Cristo del Amor esa Semana Santa. Porque si salía con él, con él había de entrar. Esto es fe y esperanza, me dije. Esta es la Semana Santa que amo. Estos son los cofrades que la hacen grande.

Conservad este tesoro esculpido, esta cátedra de verdades, que es el Santísimo Cristo del Amor, no solo la obra de arte que es, sino como una lección divina. Anunciadlo, predicadlo cada día, honradlo cada martes y alzadlo para que Sevilla se le rinda cada noche de Domingo de Ramos. Enseñad a vuestros hijos como a vosotros os lo han enseñado a llevar siempre vestida el alma con la túnica blanca cuando el esparto del dolor les apriete el corazón y el negro del ruan sea de luto. Enseñadles que la inocencia y la alegría que el blanco representa no son cosas transitorias de la infancia ni mentira, un cuento más de los muchos amables y bonitos que se les contaban, desmentidos después por la crudeza de la vida. Enseñadles que no hay verdad más grande que la luz de las primeras horas de la tarde de un Domingo de Ramos, que las túnicas blancas llenando esta iglesia, que el amor de los padres que hasta aquí les traen y después les acompañan, que la ilusión que han sentido esa mañana al ver su pequeña túnica, tan limpia, tan bien planchada; que no hay verdad más grande que esa puerta abriéndose para que se arríe de luz el Salvador, esas cornetas

puras y auténticas sonando cuando la Cruz de Guía baja la rampa, esa multitud que aguarda, ese barco enorme -oro, rosa, palmera, campanillas- asomándose a la puerta para decirle a Sevilla que es verdad, que empieza su Semana Santa que se abre con el repique de las campanillas de la borriquita y se cierra con el repique de resurrección de la Giralda. Enseñadles que lo más cierto de la vida es ese amor que sus padres les tienen y ellos tendrán a sus hijos, que ese amor es eterno, que lo más cierto es la alegría y la luz del Domingo de Ramos, que ni el dolor, ni las ausencias, ni la soledad, ni la muerte pueden oscurecerlas si no se sueltan de la mano del Cristo del Amor. Enseñadles que habrá madrugadas de Getsemaní en sus vidas, pero que aún en lo más oscuro de ella Sevilla nos enseña que siempre habrá Esperanza que la ilumine. Enseñadles que el precio y la garantía de esta inocencia invencible, de este blanco que nada puede ennegrecer, de esta alegría cierta y de esta luz eterna es la sangre que corre por los brazos y el costado del Cristo del Amor. Enseñadles que nadie ha pagado precio más alto por algo que el que Cristo pagó por ellos. Enseñadles que nacen para ser eternos en un arco que va de la luz niña del Domingo de Ramos a la luz eterna de la Resurrección. Enseñadles a amar a este Santísimo Cristo del Amor, sentido y razón de la cruz, y a su bendita madre del Socorro, que tan bien representa, con su discreta pero imprescindible presencia, la palabra definitiva de María: “haced lo que él os diga”. Y nada más necesitarán para vivir con rectitud y bondad sus vidas. Mirad que, si esta hermandad nació para llevar amor y socorro a los presos, son muchas las cárceles sin barrotes que acechan hoy a nuestros hijos y nietos. Amor de Cristo y Socorro de nuestra Señora, como cuando nació se llamaba esta Hermandad, ¿qué más necesitarán para llevar sus cruces con fe y esperanza, y para aliviar las cruces de sus hermanos con caridad? Nada más. Porque la única verdad de la vida es esta: solo Dios basta.

Carlos Colón, 15 de septiembre de 2020
Dedicado a mi nieta María